

LIBRO OCTAVO

EL CONGRESO DE PARÍS

- SUMARIO: I.—París al final del invierno de 1855: la Exposición universal: visita de la reina de Inglaterra: fiestas y regocijos.—Noticia de la toma de Sebastopol: alegría en Francia: sentimiento de los ingleses.—¿Resultará la paz?—Planes del emperador.
- II.—El ejército de Crimea después de la caída de Sebastopol; las pérdidas: sentimiento que inspiran: inmenso cansancio.—Operaciones realizadas al final del otoño.—Impaciencia del emperador: sus miras y las de Pelissier.—Consejos de guerra en las Tullerías.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—La paz: es ardientemente deseada en Francia; discurso del emperador en el acto de cerrarse la Exposición universal.—Los ingleses: sus decepciones: su lenguaje belicoso: de cómo Napoleón tempera un poco su ardor guerrero.—Rusia: mezcla de orgullo patriótico y de reacción contra el sistema del emperador Nicolás: actitud expectante.—Primeras negociaciones oficiosas: los señores Pfordten, Beust y Seebach.—Austria: condiciones de paz patrocinadas por ella: de cómo estas condiciones son al principio mal acogidas: rumores desfavorables: intervención de Federico Guillermo.—Rusia acepta las proposiciones austriacas (16 de enero).
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—El congreso de París: los plenipotenciarios: su llegada á París: sus tendencias.—Las conferencias: la neutralización del mar Negro: los cristianos griegos: la navegación del Danubio: las provincias danubianas: revisión de fronteras.—Fiestas y conversaciones íntimas.—Nacimiento del príncipe imperial.—Reanudación de las conferencias y admisión en el congreso de los representantes de Prusia.—Firma del tratado de paz (30 de marzo de 1856).
- V.—El invierno de 1855-1856 en Crimea: intemperies y sufrimientos: terribles estragos del tifus.—Noticia de la paz: últimos cuidados y últimos pensamientos de las tropas: la evacuación.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Carácter general de la guerra de Crimea: sus desviaciones: de cómo degenera en una gran expedición.—Las pérdidas: de cómo la mayor parte de los que asistieron al principio de la lucha no la vieron concluir.—Particularidades que caracterizan la guerra de Crimea y le señalarán un puesto aparte en lo porvenir.—Cuáles fueron y cuáles hubieran podido ser las ventajas de la guerra.—Nuevo elemento que se mezcla, á partir de 1856, en la política imperial.—La cuestión italiana en el congreso de París.

I

En Francia se había predicho tantas veces la rendición de Sebastopol que el público, cansado de decepciones, había cesado de esperarla. La viva impresión del fracaso del 18 de junio se había calmado poco á poco. Las inquietudes subsistían, pero silenciosas y embotadas por su propia duración. Con la primavera se había abierto en el palacio de la Industria una Exposición universal, y sus esplendores, entonces nuevos, atraían las miradas al extremo de desviarlas de Crimea. Mientras los cañones hacían estragos en la meseta de Quersoneso, París se llenaba de extranjeros y ofrecía el animado espectáculo de sus mejores días. Entre sus visitas, las más ilustres fueron la reina Victoria y el príncipe Alberto, que se hospedaron en Saint-Cloud. En París, como en Londres, los soberanos de ambas naciones cuidaron de desconcertar á Rusia con las renovadas protestas de la más estrecha alianza, y de borrar las antiguas rivalidades. Vióse á la reina Victoria inclinarse en los Inválidos ante la tumba de Napoleón I, mientras el órgano de la iglesia tocaba el *God save the Queen*. El 27 de agosto, los monarcas británicos emprendieron su viaje de regreso á Inglaterra. Los oficiales que en los campamentos y en las trincheras leían los periódicos de Francia, no dejaban de sorprenderse al relato de todas aquellas magnificencias. «Se divierten mucho en París, escribía uno de ellos, en demasía, y ciertamente hubieran podido diferir todo ese alegre aparato para

después de la paz (1).» A pesar de aquellos lejanos sufrimientos, continuaban los regocijos y hasta los personajes más graves los estimulaban, ya porque les arras-trase el torbellino del placer, ya porque quisiesen distraer su pensamiento de una guerra que se prolongaba en demasía.

De pronto, el 9 de septiembre, llegó al ministerio de la Guerra un despacho telegráfico anunciando la toma de Malakof y el fracaso de nuestros demás ataques. Aun no se atrevió nadie á felicitarle, ni á creer que fuésemos dueños de Sebastopol. En la tarde del día siguiente, un telegrama más preciso dió la noticia de que los rusos habían evacuado la ciudad; y, momentos después, el cañón de los Inválidos resonó para celebrar el gran triunfo. A pesar de esta confirmación, muchos persistían en dudar, de tal modo las precedentes decepciones habían hecho perder la fe en el éxito. Pero en los días siguientes se sucedieron los mensajes: partes ingleses, partes sardos, parte del almirante Bruat, parte del mismo príncipe de Gortchakof que confesaba noblemente su gloriosa derrota. Sólo entonces estalló la alegría, grande, espontánea, vibrante, proporcionada á la magnitud de los temores y de los sacrificios.

Al mismo tiempo, en Londres, el cañón de Hyde-Park y de la Torre invitaba á los súbditos de la reina á la alegría; también se entregaron á ella, pero no sin reserva, porque el ataque contra la Estrella Grande había

(1) Carlos Bocher, *Lettres de Crimée*, pág. 129.

sido rechazado, y el general Simpson, sucesor de lord Raglán, no lo había disimulado. «Los franceses han tomado Malakof y se han instalado en él, había telegrafiado el general inglés; nosotros hemos atacado la Estrella, pero hemos fracasado.» Esta confesión, cuya simple brevedad no carecía de altivez ni de grandeza, había herido cruelmente el amor propio nacional, y, aunque satisfechos del resultado definitivo, los ingleses no perdonaban á la fortuna que había distribuido desigualmente la gloria entre ellos y sus aliados.

¿Resultaría la paz ó una nueva fase de la guerra? Todo el mundo ponía su atención en el emperador. No parece que Napoleón III considerase entonces la caída de Sebastopol como el último acto de la lucha, pues volvió á acariciar los proyectos grandiosos que le habían preocupado durante toda la primavera. Conquistada Sebastopol, pensaba él que nada se oponía á las grandes operaciones exteriores. Con tales miras, apresuróse á provocar de parte de Pelissier todo un plan de campaña. Mientras tanto, exponía sus propios proyectos, mezclados como siempre con observaciones sagaces é increíbles quimeras. Según él, había que desalojar á los rusos de sus posiciones de Mackenzie y del fuerte del Norte, empujarlos hasta Simferopol, perseguirlos hasta las estepas que se extienden hacia Perecop, volver á poner luego á Sebastopol en estado de defensa lejos de destruirla, ocuparla con una fuerte guarnición y guardarla como garantía de las negociaciones futuras. Sería la paz, pero después de una nueva campaña en que se emplearían los últimos días de otoño y que consagrara el éxito del 8 de septiembre. Así hablaba el emperador, sin calcular nuestras posiciones que se prestaban mal á operaciones ofensivas, ni las dificultades de una acción común al mando de jefes independientes. No consideraba que una cosa eran los asaltos heroicos á los cuales había sucumbido Sebastopol, y otra cosa las vastas concepciones estratégicas que el soberano se complacía en formular de lejos. Para emprender con éxito la guerra grande, no basta reunir 140.000 hombres aunque estén aguerridos á toda las fatigas y dispuestos á arrostrar todos los peligros; se necesita también un general capaz de dirigirlos con precisión y seguridad. Pero Dios no suscita tales hombres á pedir de boca, lo cual, después de todo, es quizá una suerte, pues la aptitud para la guerra inspira el deseo de hacerla y sobre todo el de prolongarla.

II

Aquellos proyectos del emperador no los supo más que el general en jefe y no se divulgaron en el ejército. De adivinarse, hubieran causado más sorpresa que entusiasmo. Los dos últimos meses de sitio se habían empleado en trabajos y combates sin tregua, en que la grandeza del objeto hacía olvidar la fatiga. Una vez conseguido este objeto, todos cedieron á su inmenso cansancio, parecido al abatimiento que sigue á la fiebre. La tristeza de tantos duelos invadió hasta las almas más insensibles. Poco después del asalto, el comandante en jefe visitó á Bosquet herido. «Ya tenemos á Sebastopol, le dijo, pero la hemos pagado muy cara (1).»

(1) Carlos Bocher, *Lettres de Crimée*, pág. 146.

¡Muy cara, en efecto! Habían sucumbido cinco generales: Marolles, Pontevés, Saint-Pol, Rivet y Bretón, y había otros siete heridos. Hubiérase dicho que en cada regimiento la muerte se había complacido en elegir las víctimas más puras y más nobles. Pocos días después, en los funerales de uno de los oficiales de su Estado mayor, el corazón de Pelissier, con ser tan duro, hizo explosión: el general se acercó al féretro y dijo: «Lloremos..., separémonos,» y su voz se perdió en un sollozo. 1.635 muertos, 1.400 desaparecidos y 4.500 heridos, tal era para nosotros el balance de la jornada



La reina Victoria en 1855

del 8 de septiembre (2). Los ingleses tenían cerca de 2.500 hombres fuera de combate. Los rusos confesaron una pérdida total de más de 12.000 hombres. En torno de Malakof, de las dos Estrellas y del baluarte Central, habían derramado su sangre más de 20.000 soldados. Era demasiado para una guerra puramente política, sin odio, sin rivalidad nacional. Sebastopol era considerada como el premio de la lucha. Conquistada la ciudad, todo pareció terminado. De ahí, en nuestros campos como en los campos enemigos, una especie de laxitud, de apaciguamiento, y luego un deseo veheméntísimo de volver á ver la familia y la patria. A todas estas impresiones se añadía para el general en jefe un motivo más poderoso para no llevar la empresa más allá de lo alcanzado: justamente orgulloso de su magnífico triunfo, no le convenía comprometerlo con operaciones ulteriores: no se le ocultaban los peligros de una marcha ofensiva, y sabía perfectamente que en las alturas de Mackenzie

(2) Parte del general Pelissier, 14 de septiembre de 1855 (*Monitor* del 26 de septiembre de 1855).—Véase también el parte del Sr. intendente general Blanchot, 11 de septiembre de 1855 (*Monitor*, 27 de septiembre de 1855).

los rusos eran tan inexpugnables como lo éramos nosotros en la meseta de Quersoneso.

La guerra continuó, pues, pero blandamente. Desde los fuertes del Norte los rusos lanzaban algunas bombas sobre Sebastopol, pero estos proyectiles, muy incómodos para los curiosos ó *turistas* que visitaban la ciudad arruinada, causaban pocas víctimas. El 29 de septiembre, no lejos de Eupatoria, en el pueblo de Koughil, el general d'Allonville, con tres regimientos de caballería secundados por algunos batallones egipcios, dispersó á diez y ocho escuadrones rusos y á varios *sotnias* de cosacos. Poco tiempo después, un cuerpo expedicionario mitad francés, mitad inglés, fué embarcado parte en Kamiesch y parte en Balaklava, y el 17 de octubre se apoderó de la fortaleza de Kinbourn al extremo del golfo de Dniéper. A estas operaciones secundarias y limitadas se hicieron los trabajos necesarios, ya para consolidar nuestros campamentos, ya para preparar nuestros cuarteles de invierno por si se difería la evacuación. Llenábanse las trincheras, que, puestas á continuación una de otra, hubieran presentado un desarrollo de cerca de 80 kilómetros (1). Se inventariaba el material encontrado en Sebastopol. Convertido Kamiesch en una verdadera ciudad, era puesta en estado de defensa. Repatriáronse algunos regimientos, no sin que su suerte fuese envidiada. Cubríanse las bajas con nuevas tropas que iban llegando; pues, á pesar de la toma de Sebastopol, no cesaban los embarques en Marsella. Los ingleses, alleccionados por el invierno anterior, se aplicaban á preservarse de las próximas intemperies: sus buques desembarcaban cómodas barracas, trabajadores, viveres, medicamentos y médicos. Los nuestros no eran provistos con tanta abundancia: pero, durante aquellos meses de otoño, el estado sanitario fué satisfactorio y se esperaba que no sobrevendría ninguna nueva calamidad. De suerte que en la meseta de Quersoneso y en el valle del Tchernaiá había sucedido una semi-seguridad al encarnizamiento de la guerra. Sin embargo, llegó un día que recordó los terribles excesos del sitio. El 15 de noviembre, el parque del Molino voló con un inmenso depósito de pólvora, cartuchos y proyectiles, sin que pudiese averiguarse la causa de la explosión. La catástrofe fué tan mortífera como un combate: hubo 59 muertos y 225 heridos.

Aquella actividad relativa, aquella especie de armisticio anticipado, no respondía á las previsiones del emperador. A fines de octubre los contingentes reunidos de los aliados, que habían aumentado sin cesar, se elevaban á unos 200.000 hombres. ¿Tales ejércitos iban á permanecer inactivos? Pelissier, en sus comunicaciones á su soberano, objetaba las formidables posiciones de los rusos, dejando entrever una larga serie de combates sangrientos y estériles. El 15 de noviembre llegó de París un despacho telegráfico más imperioso que los demás. Obligado á exponer sus proyectos, el comandante en jefe francés dió finalmente á conocer su plan, plan modesto, poco aventurado, pero que no sacrificaba ninguno de los resultados obtenidos. «He aquí lo que yo considero prudente y útil: Quersoneso, Kinbourn y Kertch bien guardados, y Rusia bloqueada por

(1) *Journal des opérations du génie*, pág. 445.

sus costas (2).» El mariscal reservaba á las tropas musulmanas ó inglesas algunas diversiones accesorias en los extremos del Imperio moscovita: «Hay que sublevar á la Circasia, decía; cubrir las fronteras de la Turquía asiática y amenazar las posesiones rusas que se extienden hacia Persia.» En cuanto á la Crimea, consideraba que toda operación ulterior sería de éxito dudoso, y que, aun asegurado, el éxito nada añadiría á la gloria conquistada. Condenaba enérgicamente toda expedición contra Kherson ó Nicolaief, y hasta hubiese querido que se procediera á la evacuación de Eupatoria.

Al finalizar el año, los generales Bosquet, Martimprey y otros se encontraban en París. También se encontraba allí el duque de Cambridge. De ahí la idea de celebrar, bajo la presidencia del emperador, un consejo de guerra para determinar el plan de la campaña futura. A fin de completar la reunión, llamóse de Turín al general La Mármora y llegaron de Londres varios jefes ingleses. Después de la última conferencia, nombróse una comisión para estudiar los proyectos diversos. Esta comisión no llegó más que á un resultado negativo, pues todas las combinaciones le parecieron impracticables ó peligrosas. Eupatoria, ciudad privada de agua y rodeada de estepas, no ofrecía una buena base de operación: cercar la Crimea parecía imposible: atacar á Nicolaief ó á Kherson era volver á los sitios: llevar un ejército á Besarabia era más arriesgado todavía; los rusos batidos se retiraban, y hasta dónde se les iba á perseguir (3)?

Entonces, en una conferencia ulterior, el emperador expuso sus proyectos. Eupatoria, á pesar de todas las objeciones, sería el punto de reunión de las tropas y el punto de partida para la nueva campaña. Pero, á fin de engañar al enemigo, se haría una demostración hacia Alouschta con un cuerpo de 16.000 hombres que haría avanzar sus cazadores todo lo posible. Mientras se llamaría la atención de nuestros adversarios hacia la región montañosa del Este, el grueso del ejército, concentrado en Eupatoria, se dirigiría hacia Simferopol, apoyada su derecha en el Bulganak, y extendiendo su izquierda hasta el Salghir. Conquistado Simferopol, y vencidos los rusos, la Crimea podía ser honrosamente abandonada.

Parece que este plan, salvo algunos retoques, fué adoptado por los ingleses. Pocos días después, el ministro de la Guerra comunicó al general Pelissier la orden de enviar inmediatamente á Eupatoria todas las tropas que pudiesen establecerse convenientemente en ella, añadiendo que si no se firmaba la paz, habría que reanudar las hostilidades con el mayor vigor desde principios de abril (4).

«Si no se firmaba la paz,» escribía el general Vaillant. El lector se habrá fijado en esta reserva. Mientras los generales medían sus fuerzas para nuevos combates, los mensajeros de conciliación habían emprendido su tarea. La obra de la diplomacia estaba ya bastante adelantada para hacer que resultasen vanas, según todas las apariencias, las combinaciones *in extremis* de la estrategia.

(2) Informe del general Pelissier al ministro de la Guerra, 19 de noviembre. — Camilo Rousset, *Guerra de Crimea*, tomo II, pág. 426.

(3) *Papeles inéditos* del general Martimprey.

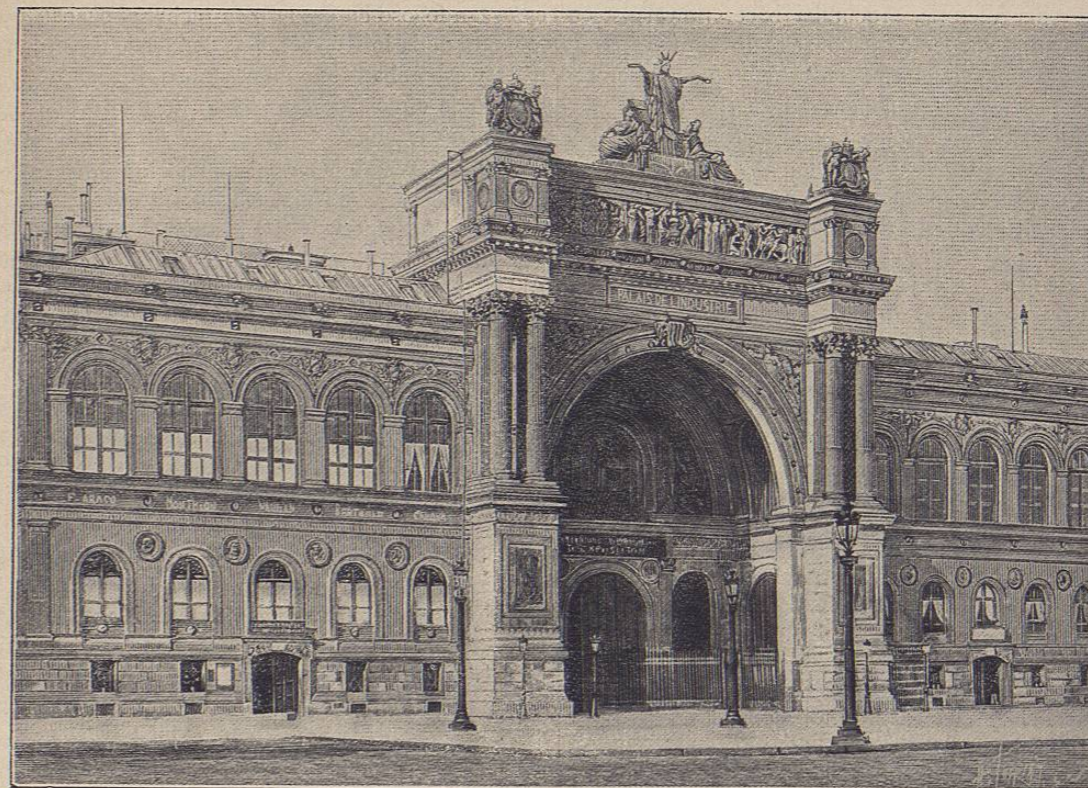
(4) *Papeles inéditos* del general Martimprey.

III

Esta paz todo el mundo la deseaba en Francia. Las poblaciones rurales, tan adictas y tan dóciles, se asombraban del aumento de las cargas militares y, sin murmurar contra necesidades que no juzgaban, experimentaban profunda tristeza por las vidas sacrificadas. La gente de negocios, metida en grandes empresas, calculaba con despecho las fructuosas ocasiones de ganancia que les quitaba la guerra, y como la afición á las especulaciones invadía las más altas esferas, tenía podero-

rar su suerte de la de su aliado británico; y este aliado era menos indiferente al beneficio, tenía menos motivos de estar satisfecho, y por esta parte podía surgir algún obstáculo.

Quince días antes de la toma de Malakof, lord Palmerston escribía: «Se aproxima la rendición de Sebastopol, y entonces surgirá un peligro, peligro de la paz, no de la guerra. El Austria intentará hacer prevalecer una paz insuficiente (1).» Apenas terminado el sitio, la prensa inglesa había empezado á predicar ardientemente nuevas empresas. En 9 de noviembre, en el banquete



Entrada monumental del Palacio de la Industria de los Campos Eliseos

os órganos en las mismas Tullerías. El estado de la hacienda difícilmente permitía nuevos sacrificios. En fin, después de tantos hechos de armas gloriosos, el amor propio más exigente podía estar satisfecho. Estas disposiciones conciliadoras se reflejaban en las conversaciones particulares, en los periódicos, en los discursos públicos. Se ponderaban las ventajas de una política magnánima; se repudiaba toda idea de mezquinos beneficios; se juzgaba á Francia bastante grande para rendir homenaje sin celos, no solamente á sus aliados, sino que también á los rusos, tratados más bien como émulos que como enemigos. El mismo Napoleón III, á pesar de los planes estratégicos en que se engolfaba, estaba, en el fondo, deseoso de deponer las armas, y si pensaba en otra campaña, era no por afán de conquista, sino para completar su triunfo y hacerlo irresistible. El 15 de noviembre, la clausura de la Exposición le había proporcionado una ocasión solemne de manifestar sus ideas y, con una hábil mezcla de moderación y altivez, había formulado «el deseo de una paz pronta y duradera.» Sin embargo, al publicar sus intenciones conciliadoras, el emperador parecía decidido á no sepa-

de toma de posesión del *lord-maire*, Palmerston había acentuado estas tendencias belicosas. Ciertas correspondencias revelaban los proyectos en que se extraviaba la opinión británica. Estos proyectos consistían en quitar á Rusia la Besarabia y la Crimea, aunque no faltaba quien propusiese dar esta última provincia á Cerdeña, para que la poseyera como antiguamente la habían poseído los genoveses (2). Mientras los franceses realizaban su propio valor haciendo justicia al de sus adversarios, nuestros aliados se complacían en enumerar las derrotas de los rusos. Esto obedecía á varias causas. Las victorias de los ingleses eran menores que sus esperanzas y sobre todo inferiores á sus recursos. Les disgustaba acabar con un fracaso. Desprevenidos al principio de la guerra, sufrieron durante el primer invierno las consecuencias de su defectuosa administración militar; pero, como puede hacerlo un pueblo ac-

(1) Carta de lord Palmerston á su hermano, 25 de agosto de 1855 (*The life of Palmerston*, por Evèlyn Ashley, tomo II, página 320).

(2) Véase la carta de lord Malmesbury á lord Stanley, 21 de octubre de 1855 (*Memoirs of an ex-minister*, tomo II, pág. 35).